



LA
CHICA
DE UN
SOLO
OJO

DEL AUTOR DE "NIEBLA Y EL SEÑOR DE LOS CRISTALES ROTOS"

CÉSAR GARCÍA MUÑOZ

Contenido

T.L,

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

LA CHICA DE UN SOLO OJO

César García Muñoz

Copyright © 2019 César García Muñoz

Kindle Amazon Edition

Facebook de César García:

<http://www.facebook.com/cesarius32>

Club de Lectura de César García en Facebook: Noticias, adelantos, relatos, etc.

<https://www.facebook.com/groups/281707302211833/>

Capítulo 1

—¡No salgas! Puede ser un violador —dijo Lidia—. O un asesino. O las dos cosas.

—No lo creo. Es la cuarta noche que viene a verme —contestó Triss, mientras se quitaba el delantal y salía de detrás de la barra del bar—. No me dejaría flores si quisiera degollarme.

Un joven de ojos verdes la estudiaba a través del inmenso escaparate del bar. Con cada respiración, una nubecilla de vaho se escapaba de sus gruesos labios y chocaba contra el cristal.

Triss no tenía miedo de él, presentía... no, sabía que el desconocido no buscaba hacerle daño. ¿Entonces, qué quería? Triss decidió que ya era hora de averiguarlo. En cuanto se acercó a la puerta de la Taberna de Bosco, el bar en el que trabajaba, el joven misterioso se apartó del cristal y se perdió entre las sombras de la noche.

—¡Eh! ¡Eh! No te vayas —gritó Triss. La joven camarera salió del bar pero ya era demasiado tarde.

—Si se aleja así de una chica como tú es que es tonto del culo —dijo Cien, el minúsculo inspector de policía que se sentaba en la barra—. O a lo mejor se le cayó la pichula a cachos.

Triss no le hizo caso. Cien era un gran cliente de la Taberna de Bosco y uno de sus mejores amigos, pese a su pésimo lenguaje. Ambos tenían algo en común, eran... diferentes. Cien medía poco más de un metro, de ahí su curioso apodo, Cien... centímetros. Triss se tocó la cicatriz que se escapaba hacia su barbilla y se escondía tras el parche que le cubría el ojo izquierdo. Lo había perdido tras un accidente de coche hacía dos años. Poco después su novio la abandonó por otra chica más joven y con dos ojos. En pocos días Triss se quedó sin ojo, sin novio y sin autoestima.

Desde entonces Triss, que tenía el cuerpo de una diosa guerrera, no se había fijado en nadie, no se atrevía, y creía que nadie se volvería a fijar en ella. ¿Quién lo haría, con un rostro desfigurado por una cicatriz y un ojo de menos?

Entonces había aparecido aquel desconocido y algo cambió de repente. El primer y el segundo día Triss no le dio importancia. Era tan solo un loco que, al sonar las campanadas de medianoche, se acercaba a observar el interior del bar desde la calle. Pero la tercera noche, al salir del trabajo, Triss se había acercado al lugar desde el que el joven la miraba. Había hallado tres rosas rojas en el suelo, una por cada noche. Triss las recogió y al día siguiente encontró otra rosa en el lugar, justo después de que el desconocido se perdiera en las sombras. Y esta vez había sucedido lo mismo.

Triss se agachó y recogió la rosa del suelo. La primera noche, la rosa lucía lozana y espléndida, pero la flor que le había dejado hoy había sido cortada hacía tiempo. Cada día que pasaba, las flores que dejaba el desconocido se encontraban más mustias. La joven regresó al interior helada de frío y maldijo su lentitud. Estaba siendo un invierno más duro de lo normal. Triss se sintió una estúpida. Se había puesto su mejor pantalón e incluso se había echado perfume. ¿Para qué? ¿Para quién? Para una sombra que se escurre entre las sombras, pensó.

Esa noche, antes de irse, Triss tuvo una idea. La taberna de Bosco tenía una cámara de seguridad en la puerta que apuntaba hacia la esquina por la que huía el desconocido. Triss habló con Eddy, el cocinero y dueño del bar. El hombre, ciento veinte kilos de pura grasa, era peruano y se había convertido en lo más parecido a un padre para Triss. Eddy le explicó cómo funcionaba la cámara.

—Si no ha habido algún incidente, una pelea o un robo, sólo guardamos las últimas cuarenta y

ocho horas —dijo.

—Será suficiente.

Eddy manejó el teclado del portátil con soltura y una imagen fija se mostró en pantalla, la esquina en la que aparecía el desconocido.

—Pásalo hacia delante, Eddy. Justo a medianoche.

—Así que tu Romeo aparece con las doce campanadas, como la cenicienta —dijo Eddy.

—Ya se lo he dicho —rio Cien, que se había unido a ellos—. Ese tío es un trucha, un bujarrón. Marica, vamos.

—Cállate ya —Triss le dio un codazo.

La cámara avanzó hasta que el reloj mostró las 11:59:55. Eddy volvió a la velocidad normal y entonces, un segundo antes de medianoche, una nube de puntos blancos cubrió la imagen. Escucharon las doce campanadas pero no pudieron ver nada.

—¿Qué carajos le pasa a esto? —dijo el dueño del bar.

—Que tienes una cámara de mierda, amigo —dijo Cien—. Si quieres te puedo robar una de la comisaría. Te la dejo barata.

Eddy no le hizo caso y avanzó a cámara rápida hasta que la imagen recuperó la normalidad a las 12:02:31. No había ni rastro del desconocido.

—Prueba con la grabación de hoy —le pidió Triss.

De nuevo a la misma hora, la nube blanca cubrió la pantalla y permaneció así unos minutos. Cuando la cámara volvió a funcionar vieron a Triss acercarse al rincón y agacharse para recoger la rosa del suelo.

—¡Azopotamadre! —dijo Eddy, desconcertado.

Cien sonrió.

—Parece que tu romeo le tiene alergia a las cámaras —dijo el pequeño policía—. O algo peor.

Capítulo 2

Doce campanadas quebraron el silencio de la noche. El desconocido se acercó al ventanal de la Taberna de Bosco y se quedó a un metro del cristal. En el interior del local, dos camareras servían la cena a los escasos clientes, entre los que destacaba un hombrecillo diminuto vestido con una gabardina clara.

El desconocido se puso nervioso. Triss no estaba, no la veía. Quizá fuera su noche libre o quizá su presencia allí, cada madrugada, la había puesto nerviosa. No podía ser, él sentía su presencia como el dulce calor que emite una estufa en una noche de invierno.

Entonces ¿Dónde estaba ella? Una voz sonó a su espalda.

—¡Eh! ¿Me buscas a mí?

El desconocido se dio la vuelta y se enfrentó a una chica de rostro decidido, que se cubría el ojo izquierdo con un parche. Una cicatriz nacía bajo la tela, serpenteaba por la mejilla de la joven y desembocaba en su oreja. Triss estaba radiante, como una capitana pirata gobernando su galeón.

El desconocido no supo qué decir. Nunca la había tenido tan cerca. Se llevó la mano a la nariz, nervioso. Él no podía oler, pero estaba seguro de que el aroma que despedía Triss sería exquisito. Quiso hablar pero las palabras murieron en su garganta, así que optó por huir.

—Ni se te ocurra irte otra vez —dijo Triss, que se interpuso en su camino. Él tenía fácil escapar, desaparecer en las brumas de la noche, pero algo en la voz de la joven le hizo quedarse.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó ella.

—Jo... —. No puedo decírselo, pensó, pero tampoco quiero mentirle—... Jonás.

—Yo soy Triss.

—Lo sé.

—Sé que lo sabes —dijo ella, con una sonrisa—. Puedo leer los labios de la gente. Mi primo es mudo. Te veo pronunciar mi nombre cada noche, detrás de ese cristal.

—¿Eso te molesta?

—Depende. Lidia cree que eres un asesino y un violador, si es así, sí que me molesta. Sólo me queda un ojo, pero no quiero perderlo.

Jonás sonrió. Llevaba seis días sin sonreír.

—No soy... eso —dijo.

—Bien. Entonces ¿Qué haces aquí?

—Yo... Hay algo en este lugar que me atrae.

—¿Por qué no has entrado nunca? Mi jefe hace unas tartas de muerte —dijo Triss, sin asomo de burla.

Jonás volvió a sonreír ante el comentario.

—Gracias. No tengo hambre. No vengo por la comida.

—Lo sé. Vienes a verme a mí. Pero si no eres un loco asesino, cosa que ya hemos descartado, creo que tampoco me molesta. ¿Por qué huyes de mí?

—Porque me asusta.

—No entiendo —dijo Triss—. ¿Qué te asusta?

—Que puedas desaparecer. O que no me quieras.

—¿Cómo dices? —. La joven abrió exageradamente su único ojo.

—Perdona. Yo... no quería decir eso. Llevo unos días algo raro.

—Creo que yo si quería que lo dijeras —dijo ella—. ¿Sabes algo? Yo también te miraba a ti a través del cristal.

Jonás hizo algo más que sonreír. Dio un paso adelante y se detuvo a pocos centímetros de ella. Percibía la calidez que emanaba del cuerpo firme y joven de Triss, se sentía atraído por ella como una polilla hacia la luz. Se controló, no podía quemarse.

—¿Estás enfermo? —dijo ella, observándolo con ojo crítico—. Has dicho que llevas unos días raro y no tienes buen aspecto.

—No, estoy... bien. Triss. Me hubiera gustado conocerte antes.

—¿Antes de qué?

El ladrido de varios perros interrumpió la respuesta de Jonás. Él se llevó la mano al colgante que pendía de su cuello y miró hacia el lugar del que provenían los ladridos. Un aullido de lobo se escuchó en la distancia.

—Tengo que irme —dijo Jonás. Ella ya habrá llegado, pensó.

—¿Son tuyos los perros?

—Sí... no.

Jonás, nervioso, sorteó a Triss y echó a andar por la calle desierta.

—¡Eh! Espera —gritó la joven con un solo ojo—. ¿Dónde vives? ¿A qué te dedicas? ¿Vendrás mañana?

Jonás se dio la vuelta y sonrió. La tercera vez que lo hacía esa noche.

—Vivo cerca. Soy escritor. Sí.

Jonás se llevó la mano al bolsillo y sacó una rosa de color rojo intenso con matices púrpuras. Se acercó y se la tendió a Triss. Sus manos estuvieron a punto de rozarse, pero, gracias a Dios, no lo hicieron. Jonás se dio la vuelta y caminó hacia la oscuridad una vez más.

Capítulo 3

—¿Cuántas rosas raras van ya? —preguntó Lidia, con una sonrisa pícaro asomada a su rostro.

—Catorce. Una por cada noche. —dijo Triss que no podía creerse lo rápido que habían pasado las últimas dos semanas

—Son bonitas, no digo que no —intervino Cien, el pequeño policía—. Pero, joder, si se quiere meter en tus bragas ese chico debería comprar un ramo nuevo. Esas flores están echas una mierda.

—Estás enfermo, duendecillo —dijo Lidia—. Ese chico es muy especial.

Triss rio.

—Sí. Es especial.

—Ya, ya —dijo Cien—. Te recuerdo que querías que le detuviera, Lidia. Decías que tenía pinta de asesino y de ¿Cómo era? Ah, sí, de violador de monjas. Estabas histérica.

—Eso fue hace dos semanas, antes de que Triss nos contara como es el chico. Si hasta le recita poemas.

—Son haikus —apuntó Triss.

—¿Qué?

—Haikus, pequeños poemas japoneses.

—Pues eso, poemas como Cien, canijos —dijo Lidia.

Triss no dijo nada. Sabía que pese a lo mal que aparentemente se llevaban, aquellos dos tenían una historia juntos. No sabía si sólo era sexo, ni quería investigarlo. Si Cien y Lidia no querían hacerlo público no era de su incumbencia.

—Aún no te ha explicado cómo hace el truquito de la cámara de video ¿No? —dijo Cien—. A lo mejor a demás de escritor es mago.

—La verdad es que siempre tengo la intención de preguntárselo pero, cuando estoy con él me olvido de eso... y de muchas cosas.

—Sí. Es especial —dijo Lidia, a la que se le caía la baba al ver la felicidad que reflejaba el rostro de su amiga—. Aunque...

—¿Qué? —dijo Triss—. ¿Tienes miedo a que me rompa el corazón?

—Sí.

—Ya lo tenía roto... como mi cara. Él ha hecho que me sienta viva de nuevo.

Triss pensó en las últimas noches. Desde que se conocieron de forma abrupta se habían visto cada día. Al principio pasaban poco tiempo juntos y apenas cruzaban una frases antes de que él se fuera a toda prisa, normalmente cuando los perros lobo, o lo que fueran, comenzaban a aullar y ladrar. Pero las últimas noches Jonás y ella habían dado largos paseos por el vecindario siguiendo el río, mientras intercalaban animadas charlas con silencios igual de estimulantes. Triss había recuperado la ilusión.

—Yo sigo diciendo que ese chaval es raro de cojones ¿Nunca quedáis por el día? —preguntó Cien.

—No. No le gusta mucho el día, ni la luz.

—Joder ¡A ver si va a ser un vampiro! —dijo Cien, que era muy supersticioso y tenía tendencia por todo lo paranormal. Según él, tras el caso del escultor de cadáveres, un asesino en serie que había tenido en jaque a la ciudad, todo podía ser en esta vida.

—No digas tonterías —dijo Lidia.

—Pensadlo bien —insistió Cien—. El chaval está más pálido que el culo de una lombriz. Las cámaras se joden cada vez que aparece él, si trabajara en televisión arruinaría a cualquier productora. Sólo sale de noche y a veces te mira como si te quisiera devorar. Tú misma lo has dicho, Triss.

—No es un vampiro.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he comprobado. Se refleja en los espejos. Y no le asusta el ajo, creo que ni siquiera lo huele. El otro día me froté uno por el cuello.

—¡Estás loca! Qué el idiota de Cien se crea esas chorradas vale, pero que lo hagas tú.

—Lo hice la segunda noche. A mí también me pareció raro su comportamiento. Pero hasta puede entrar en las iglesias y creo que le gustan.

—Pues entonces ese rostro pálido cabrón no es un vampiro —certificó Cien—. Quizá sea un hombre lobo, por eso que cuentas de los aullidos. ¿Le has visto el culo? ¿Lo tiene peludo?

—Cállate ya —dijeron las dos mujeres a la vez.

—Eso quiere decir que no. Joder, Triss ¡No te lo has tirado!

—No todo en esta vida es sexo, pequeño sátiro —dijo Lidia.

—No. No lo hemos hecho. Ni siquiera nos hemos besado... aún.

—Ese chaval es más raro que el hijo tonto del Conde Drácula. Pero lo que es más extraño es que no te haya querido taladrar —dijo Cien, que cortó la replica de las mujeres con su manita—. Triss, tienes veintiséis años, la vida pasa muy rápido. Las gilipolleces de Paulo Cohelo quedan muy bien en internet, pero sólo existe una verdad: polvo no echado, polvo perdido.

Las campanadas de medianoche sonaron en la lejanía. El corazón de Triss se aceleró. Al posar su vista en el escaparate del bar, descubrió a Jonás mirándola fijamente, como cada noche. El joven llevaba una rosa de color rojo intenso con motitas púrpuras en la mano. Triss suspiró. Estaba más que enamorada, pero algo en su interior se removía y la inquietaba. Triss tenía la certeza de que la muerte andaba tras de ella.

Capítulo 4

—¿Qué sucede, Jonás? Estás muy raro —dijo Triss.

Él no contestó. Se limitó a contemplar la luna llena, que asomaba con pereza tras los edificios.

Esa noche se cumplía un mes desde que Triss había visto a Jonás por primera vez, espiándola desde el otro lado del cristal de la Taberna de Bosco. Triss estaba feliz, ilusionada. Le había comprado un detalle por su aniversario de mes, un pequeño peine de marfil. Jonás siempre llevaba el pelo revuelto y ella le decía que tenía que arreglárselo. El se reía y se defendía con la coartada de que carecía de peine. Ya no tendría más excusas, aunque Triss echaría en falta sus rizos desorganizados. Jonás aceptó el regalo con una sonrisa triste y lo guardó en un bolsillo interior de su chaqueta. Como siempre, él se cuidó mucho de no tocar a Triss.

—Tienes que decirme lo que pasa. Sé que algo no anda bien, puedes confiar en mí —insistió la joven, que apretaba con fuerza una rosa marchita.

Jonás hundió los hombros. Triss estaba preocupada, la noche anterior solo habían pasado juntos diez minutos. Jonás se había ido precipitadamente al escuchar los ladridos y aullidos de varios perros en la distancia. La primera noche que hablaron había sucedido algo parecido; él se había puesto nervioso y se había marchado cuando los perros ladraron.

Triss estudió a Jonás con atención. Se le veía más pálido que de costumbre y algo en su expresión indicaba que las cosas iban mal.

—Tengo... tengo que marcharme —dijo Jonás, sin mirarle a la cara.

—¿Marcharte dónde? ¿Y cuándo volverás?

—Lejos. Para siempre.

—¿Estás de broma?

El se giró y la miró a los ojos. Ni siquiera hizo falta que Triss oyera sus palabras para saber su respuesta.

—No es broma —dijo Jonás, con el semblante serio—. No... volveremos a vernos nunca.

—¿Eso es absurdo! ¿Por qué vas a marcharte?

—Tengo que hacerlo. No... no me quedan más rosas.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Sin ellas no puedo venir —dijo Jonás, con rabia.

—¿Me tomas por imbécil? ¿Qué tienen que ver las rosas?

—No lo sé. Yo no sé cómo funciona... sólo sé que las necesito para verte. Y no me quedan más.

—Esto es una locura —. Triss, enfurecida, tiró la rosa marchita al suelo y se encaró con Jonás—. Si no me quieres dímelo sin más, lo entenderé. Ya me ha pasado más veces.

—Sabes que te amo, pero... no puedo...

—¿Qué? —gritó Triss, fuera de sí—. Entraste en mi vida sin que yo te lo pidiese. Me sacaste de un pozo gris y ahora me quieres volver a tirar dentro. Me había acostumbrado a vivir sin nada, sola. Pero ahora... ¿Por qué viniste a verme? ¿Por qué?

—Lo siento. No quería que esto terminara así. Yo no conocía las reglas... si lo hubiera sabido. Me atrajo la luz de la taberna. Y luego te vi y... supe que tenías que haber sido mía.

—¡Oyete! Nada de lo que dices tiene sentido.

—Lo sé. Pero es la verdad. Tengo que marcharme.

—Ni siquiera nos hemos besado. Jonás.

Él se acercó a ella y la tomó de los hombros. Su contacto era firme pero a la vez extraño, eléctrico. Jamás se habían tocado hasta ese momento. Jonás era muy tímido y rehuía cualquier contacto físico.

—No te olvidaré nunca —dijo él.

Triss iba a responder pero los labios de Jonás se posaron sobre los suyos. La joven sintió una corriente de energía cálida, una descarga que recorrió todo su cuerpo. Triss se estremeció y, por un instante, se sintió transportada a otro lugar, a otro tiempo. Después llegó el frío. Se metió en ella desde dentro y la atenazó. Triss abrió la boca para pedir ayuda pero no pudo pronunciar ni una palabra. La oscuridad la envolvió suavemente hasta que fue su única compañía.

<<Jonás>> pensó, un instante antes de sucumbir a la negrura.

Tris despertó tirada en el suelo, en el mismo lugar en el que había estado con Jonás. Aún sentía un frío infinito en el cuerpo, pero no era nada comparado con el vacío que habitaba en su interior. La rosa marchita era la única testigo de aquel encuentro. El último.

Desde aquella noche Triss vivió pendiente de las campanadas de medianoche. Acudió al trabajo todos los días en los siguientes tres meses, ansiosa por ver aparecer a Jonás tras el cristal de la Taberna de Bosco. Trató de encontrarlo pero no sabía mucho de él, aparte de su nombre y de que era escritor. Buscó en internet libros de algún autor llamado Jonás, pero ninguno se correspondía con su amado.

Cien, Lidia y Eddy le aconsejaban que se olvidará de él y siguiera su vida. Al fin y al cabo, ni siquiera habían tenido relaciones, decían.

No. No las habían tenido, pero habían compartido mucho más; silencios, miradas, momentos. Ella había sabido que él era su alma gemela y había descubierto en los ojos de Jonás el mismo sentimiento. Sin él, no valía la pena seguir adelante.

Por eso aquella madrugada, al salir del trabajo y escuchar los ladridos y los aullidos de los perros en la distancia, su corazón dio un vuelco. Eran los perros de Jonás o, al menos, los animales que le hacían comportarse de forma extraña. Triss no lo dudó, echó a correr hacia el lugar del que provenían los sonidos. Cruzó varias calles, se alejó del centro de la ciudad y se internó en los arrabales. Varias veces perdió el rastro, pero el aullido de los perros le sirvió de guía, como un faro en la noche.

Poco antes del amanecer dio con el origen de los ladridos. Dos mastines enormes tiraban de una viejecita tan flaca como encorvada. La anciana vestía de negro y entraba en ese momento en un recinto de altos muros al que se accedía por una puerta de hierro forjado. El cementerio. Triss siguió a la mujer, que pese a la fuerza de los animales los manejaba con destreza. La anciana recorrió el laberinto de tumbas y lápidas a un paso tan vivo que Triss estuvo cerca de perderla.

Los perros se detuvieron ante una lápida sencilla que reposaba bajo un sauce en la parte antigua del cementerio. La anciana permaneció allí unos minutos hablando sola. A Triss le llegaban retazos de sus palabras, la mujer estaba contando un cuento infantil con la voz rota. Finalmente la viejecita se marchó arrastrada por sus dos perros y Triss se quedó quieta unos segundos, observando como el extraño trío se alejaba entre las lápidas.

Poco después se acercó hasta la tumba. Había un montón de tallos espinosos tirados sobre la losa de piedra. A todos les faltaba la flor, aunque había varios pétalos esparcidos en desorden. Eran de un fuerte color rojo adornado por motas púrpura. Sus rosas.

Triss leyó una frase que acompañaba al nombre del difunto con voz trémula.

—Hay una luz que nunca se apaga. Jonás Solo.

Una foto en blanco y negro mostraba el joven rostro de su amado. Triss se mareó y tuvo que agarrarse a una lápida para no caer al suelo. Entonces vio un pequeño peine de marfil que reposaba entre los tallos de rosa. Su regalo de aniversario de mes.

¿Cómo había llegado allí? Triss leyó la fecha de defunción de Jonás Solo y lloró sin comprender nada. Era imposible. Jonás había muerto hacía semanas, justo en el día en que Triss le vio por primera vez, mientras él la espiaba tras el ventanal de la taberna de Bosco. Justo en el día en que Triss se enamoró de él. De un muerto.

Capítulo 5

Triss alcanzó a la anciana a las afueras del cementerio.

—¡Señora! ¡Señora!

La mujer se dio la vuelta y estudió a Triss con sus ojillos brillantes, enterrados bajo una montaña de arrugas.

—¿En qué puedo ayudarte, jovencita?

Triss titubeó.

—Yo... ¿Conoce usted a Jonás Solo?

—Claro que lo conocí. Era mi hijo.

—¿Son sus perros? Quiero decir. ¿Eran de Jonás?

—Sí. Son Neu y Lucas. Eran como sus hijos —dijo la anciana, con una sonrisa triste—. Ahora son mis nietos. Y tú conocías a mi pequeño, pero no sé quién eres.

Triss se sintió una estúpida. ¿Qué podía decirle a la madre de Jonás? ¿Que había tenido una relación sentimental, que no carnal, con su hijo muerto? ¿Que se había enamorado de Jonás el mismo día que falleció?

—Yo no... no sé cómo explicárselo.

La anciana sonrió.

—No soy tan vieja, hijita. Apruebo las relaciones abiertas de los chicos de ahora. Jonás no me contaba nada de novias, pero contigo tuvo buen gusto. Pareces buena chica y eres muy hermosa.

Instintivamente, Triss se llevó la mano al parche que cubría su ojo.

—Ese parche te hace más atractiva, y la cicatriz te da carácter. Le dice a todo el que te mire que no eres una chica cualquiera.

—Esto yo... gracias.

—¿Entonces qué? —dijo la anciana.

—¿A qué se refiere?

—No te hagas la tonta —. La viejecita esbozó una sonrisa pícaro—. ¿Eras su novia?

—Yo... no. Éramos amigos. Nos conocimos hace poco.

—Por eso no te vi en el entierro, supongo.

—Hasta hoy mismo no supe que había muerto —dijo Triss con sinceridad y una lágrima se escapó por su único ojo. Fue la primera de muchas. La tensión la venció y Triss se derrumbó entre los engañosamente fuertes brazos de la anciana, que parecía forjada en hierro.

—Ya está, niñita, ya está. Así que erais algo más que amigos ¿Eh? No se llora así por alguien al que no amas. Créeme, lo sé de primera mano.

No tenía sentido mentirle a la anciana. Después de llorar a morir, Triss se sintió mejor y se atrevió a preguntar.

—¿Cómo sucedió?

La anciana suspiró.

—Jonás era un chico muy despistado. Llevaba tiempo deprimido por que había roto con su antigua novia el verano pasado. Quería empezar de nuevo y rehacer su vida. Esa noche iba a tomar el autobús nocturno a Altea, quería irse allí a escribir sus relatos. Entonces me llamó por teléfono muy animado —la anciana sonrió con tristeza al recordar los hechos—. Me dijo que había

cambiado de idea, que no se iba a ir sólo. Me contó que había conocido a la mujer de su vida. La había visto a través del cristal de un bar. Me dijo que no tenía duda, que sabía que era ella. Así era él, estaba medio loco.

Triss se estremeció. Eso suponía que la primera vez que le vio estaba vivo. Rememoró aquella noche como si la estuviera viviendo. Jonás la observó durante varios minutos a través del cristal de la Taberna de Bosco. Él la sonrió y ella se disponía a salir a hablar con él cuando la llamaron por teléfono. Su madre se había vuelto a caer por las escaleras y Triss se marchó a la sala de dentro para hablar con ella. Al regresar, minutos después, Jonás ya se había ido.

—Me estaba contando sus planes —siguió la anciana—. Pensaba llevar a la chica del escaparate a vivir a Altea con él. Me dijo que darían largos paseos por la playa de guijarros al atardecer, que la llevaría a ver las estrellas en la sierra de Bernia, y Jonás ni siquiera conocía el nombre de la chica. Entonces escuché un grito y un golpe muy fuerte. Fue la última vez que hablé con él.

—¿Qué... pasó?

—Cruzó la calle sin mirar y el autobús de Altea, el mismo que tenía que haber tomado para marcharse, lo atropelló. Murió en el acto.

Triss se quedó sin palabras, ahogada por una correa de amargura.

—Lo... lo siento mucho —murmuró—. Yo... yo era esa chica.

—Lo sé, hijita. Lo supe desde el momento en que te vi —dijo la anciana. No había rastro de reproche en su voz. Sólo pena y compasión.

Capítulo 6

—No puedes hablar en serio, Triss. No te puedes marchar así —dijo Lidia, en el interior de la Taberna de Bosco.

Sólo había pasado un día desde que Triss había hablado con la madre de Jonás, pero la joven no tenía ninguna duda.

—Está decidido, me voy a Altea. Quiero vivir allí —dijo Triss.

—Es absurdo, cariño —insistió Lidia—. Ese era el sueño de Jonás, no el tuyo. Todos tenemos que encontrar nuestro propio camino.

—No es por Jonás, es por mí. No sólo perdí el ojo en el accidente, perdí mi sitio en el mundo. Me oculté de todo tras este parche y ha llegado el momento de cambiar eso.

—Pero no hace falta que dejes atrás todo lo que tienes bueno.

—Lo necesito, Lidia. Necesito hacerlo.

—Oh, cariño —dijo su amiga, estrechando a Triss entre sus brazos—. Es que te vamos a echar mucho de menos.

Triss reprimió el llanto. Sabía que no volvería a ver a Lidia nunca más, pero estaba decidida a tomar las riendas de su vida.

—Joder, esto parece una peli mala de Pedro Almodóvar —gruñó Cien—. Cuanto lloriqueo y cuanta tontería. Seguro que en menos de un mes vuelves suplicándole trabajo a Eddy. Y espero que no te contrate.

El hombrecillo se dio la vuelta y se concentró en su whisky doble y, sin que nadie se percatara, se limpió las lágrimas que amenazaban con delatar sus auténticos sentimientos.

Triss abandonó la Taberna de Bosco poco antes de medianoche. Desde fuera contempló el interior del local igual que lo había hecho Jonás tantas veces. Se le hizo un nudo en el estómago. No sólo por la pérdida de su amado sino porque se disponía a dejar atrás su vida pasada, en la que la taberna era una parte muy importante. Pero el futuro le esperaba. Había comprado un billete de ida a Altea para esa misma noche. Se lo debía a Jonás, se lo debía a ella. Triss echó a andar cargando con su maleta. Había guardado en ella su ropa de verano, en Altea siempre hacía calor, y sus objetos de valor. Toda una vida. Miró el reloj y aceleró el paso. Tenía que darse prisa, el autobús a Altea salía a las doce y cuarto y no la esperaba ni un minuto.

Triss saludó a la lluvia, que comenzó a caer con fuerza, tarareando una canción de “The Smiths”, un grupo de música del que Jonás solía hablarle en las pocas y largas noches que pasaron juntos.

Take me out tonight
Oh, take me anywhere, I don't care
I don't care, I don't care
Driving in your car
I never never want to go home
Because I haven't got one,
Oh, I haven't got one
There is a light that never goes out

La última frase de la canción coincidía con el epitafio de la tumba de Jonás: “Hay una luz que nunca se apaga”.

Triss suspiró. Se acercaba a la estación. La lluvia era una cortina de agua tan tupida que dificultaba la visión. Las luces de la estación hacían de faro en la noche. Triss vio su autobús. Por allí venía el 114, el que se dirigía a Altea. Se acercaba a toda velocidad. Triss no se lo pensó. La joven se arrojó a los pies del autobús que la arrolló sin poder evitarlo. El cuerpo sin vida de Triss quedó tendido en la calzada.

Un aullido se escuchó en la distancia.

Capítulo 7

Marc no estaba demasiado interesado en la tumba de su padre. El chico de doce años prefería jugar con su pelota mientras su madre lloraba junto a la lápida.

Marc golpeó a la pelota con fuerza y esta se perdió entre la niebla, junto a la valla del cementerio. El niño, temeroso, se acercó a buscarla.

—¿Es tuya? —dijo una voz a su espalda.

Marc se volvió y vio un hombre joven que le ofrecía la pelota y una sonrisa franca.

—Sí. Gracias —dijo, tomando el balón.

—¿El que ha muerto es tu padre?

—Sí.

—Lo siento —dijo el joven desconocido.

—Yo también, pero no por mi padre. Era un cabrón. Nos pegaba a mi madre y a mi y... aún así ella le quería. Y encima sufre por su muerte.

—A veces es difícil controlar los sentimientos —dijo el joven.

—Eres raro —dijo Marc, estudiando al desconocido—. ¿Vives aquí?

El joven sonrió.

—Podría decirse que sí.

—Eres un fantasma, ¿Verdad?

—Sí.

—Lo siento. Debe de ser muy triste ser un fantasma.

El joven soltó una carcajada.

—No lo es. Triste es estar solo, pero yo tengo a alguien junto a mi.

Una joven salió de entre unas tumbas cercanas. Llevaba una rosa roja con motas púrpuras en la mano y se tapa el ojo izquierdo con un parche, pero era muy guapa.

—Te presento a Triss —dijo el joven—. Yo soy Jonás. Vamos a casarnos ¿Sabes? En la playa.

—¿Los fantasmas podéis casaros?

—Podemos hacer muchas cosas. No te creas todo lo que te cuenten sobre la muerte —. Jonás le guiñó un ojo.

—Estás muy buena. Si todas las fantasmas son como tú, yo también quiero una novia fantasma.

Ambos rieron.

—No seas impaciente. Disfruta de lo que tienes ahora y cuida de tu madre. Ella te necesita... en vida. ¿Lo harás? —dijo Triss.

—De acuerdo —dijo Marc, tras reflexionar unos instantes—. Pero quiero pedirlos algo. Si veis al fantasma de mi padre, ¿Le daréis un puñetazo de mi parte?

Jonás sonrió y levantó las manos.

—Lo siento. Soy pacifista.

—Lo haré yo —dijo Triss—. Tu padre se lo merecía

Marc sonrió y le dio las gracias a la fantasma del parche en el ojo.

—Tenemos que irnos —dijo Jonás—. Nuestro autobús sale dentro de poco.

El niño se despidió de ellos con una sonrisa. Triss y Jonás se dieron la mano y se perdieron lentamente entre la niebla del cementerio. Él cantaba una canción en inglés. Ella reía mientras trataba de ordenarle los rizos con un pequeño peine blanco.

Marc sabía que nadie iba a creer su historia pero le daba igual.

FIN

Historia inspirada por Taly Maribel Horna Villalobos

Desarrollo y escritura: César García Muñoz.

Notas del autor:

La canción “There is a light that never goes out” (Hay una luz que nunca se apaga), del grupo “The Smiths”, habla de un chico que dice algo como: “Y si un autobús de dos plantas nos atropellara juntos. Morir a tu lado... sería una manera celestial de morir”.

Cien es uno de los personajes protagonistas de “El escultor de cadáveres”, una novela de suspense y crímenes con un poco de fantasía. La tenéis gratis en los distintos portales.

He escrito este relato en cuatro días consecutivos, basándome en una idea que me dio Taly. Un capítulo por día, que he ido subiendo al club de lectura de Facebook. Ha sido una experiencia distinta y, aunque el relato se escapa de mi línea habitual, me lo he pasado muy bien.

Os dejo los primeros capítulos de “Niebla y el Señor de los Cristales Rotos”. El libro está gratis en todos los portales.

NIEBLA Y EL SEÑOR DE LOS CRISTALES ROTOS

Capítulo 1

París, verano de 2014

Las dos hermanas contemplaban la tormenta veraniega desde el ventanal, sin saber que en pocas horas una de las dos dejaría este mundo para siempre.

Aunque eso no era del todo exacto. Angélica, la hermana mayor, no tenía ni idea de lo que se avecinaba porque, de haberlo sabido, le habría dado un infarto. Laura estaba hecha de otra pasta. La hermana pequeña poseía un sexto sentido que le anticipaba que ciertos sucesos extraños, casi siempre desgracias, iban a tener lugar.

Aquella tarde, Laura presentía que algo muy grave estaba a punto de ocurrir, pero no estaba asustada sino expectante. Le gustaban las emociones fuertes, todo lo contrario que a su hermana mayor.

Angélica observó el banco del jardín, malhumorada. Llevaba una hora sin despegarse de la ventana aguardando a Alain, su príncipe azul. Anocheceía y el joven aún no había llegado y, con aquella fastidiosa tormenta, quizá no lo haría.

—Esto es un coñazo —dijo Laura, con voz chillona—. Es más divertido acompañar a mamá al hospital que mirar por la ventana durante horas como zombis sin cerebro.

Según Angélica, no había ningún sonido tan desagradable como el graznido de su hermana pequeña.

—Habría dado mi paga de un mes para que mamá te hubiese llevado con ella. Y no digas

palabrotas o te lavaré la boca con lejía —replicó Angélica.

—La abuela tirada en la cama es mil veces más divertida que tú. Deberíamos haber ido a verla —insistió Laura, mientras se ponía una gorra negra con las características letras del grupo de rock duro Metallica.

Angélica suspiró. Era difícil explicarle a una niña con aspecto de gótica desnutrida, que una mujer tenía cosas mucho más importantes que hacer que ir de visita al hospital, como, por ejemplo, tener una cita con un chico. Aunque, en el fondo, Angélica sentía remordimientos por no haber acudido a ver a la abuela con más frecuencia. La tía Catherine había sido un gran apoyo para ellas, sobre todo desde que el padre de las niñas falleciera hacía unos años.

—Tengo mucho que estudiar —se justificó Angélica—. Además, fui a ver a la abuela el martes.

—¿Estudiar? No te lo crees ni tú, pectorra —masculló Laura.

—¿Qué has dicho?

—Que me voy a poner otra gorra —. Laura sonrió con candidez.

Angélica la miró con cara de pocos amigos pero prefirió ignorarla, no merecía la pena discutir con ella. En vez de cambiarse de gorra, su hermana se dedicó a recolocar las chapas de metal que se esparcían caóticamente por su camiseta negra, estampada con una calavera de colmillos gigantes.

Angélica suspiró. Laura era guapa, pero así vestida parecía una mezcla entre una groupie de una banda de heavy metal y una desnutrida aspirante a vampiro. No tenía remedio.

—¡Eh! ¿Vemos una peli de miedo? Me apetece ver Destino final diecisiete —dijo Laura, cuando se cansó de jugar con sus abalorios.

—No.

—¿Le damos a la consola? Tengo un juego nuevo de zombis que es una pasada. Te puedes comer los sesos del cura del pueblo y...

—Que no. Y haz el favor de no hablar como una macarra.

—¡Si no hacemos algo nos van a salir raíces en el culo!

—Ponte a ver la tele y deja de molestar.

Angélica abandonó su puesto de vigilancia y fue a la cocina a por algo de comer. No es que tuviera hambre pero quería librarse un rato de Laura.

—¡Hay alguien en el jardín! —chilló Laura.

El grito de su hermana casi le arrancó el corazón del pecho. Angélica dejó la comida y regresó corriendo a la habitación.

—Aparta, déjame ver —. Angélica barrió el exterior con la mirada, pero no había nadie bajo la lluvia—. Eso no ha tenido gracia, niña.

—Haber venido antes, el tío ya se ha largado.

—Ha desaparecido de repente ¿no?

—Pues sí.

—No me lo creo.

—Tú misma.

—Ya. Y ¿Cómo era?

—Tocho y mazao. Vale, vale, no me mires así, hablo en cristiano: era alto y fuerte.

Angélica suspiró emocionada. Alain encajaba perfectamente en esa descripción.

—¿Y qué más?

—Pues llevaba un sombrero y tenía la cara tan arrugada como tu culo.

—¡Serás idiota!

—Es verdad. Creo que era el hombre de rojo —dijo Laura, muy seria.

—¿Ya estás otra vez con esa tontería?

—Era él. No he podido verle la cicatriz, pero estoy segura de que era el hombre de rojo.

—¿Qué te ha dicho mamá mil veces? Tienes que dejar de inventarte locuras. Te acabarán internando en un psiquiátrico.

Angélica estaba de muy mal humor. Por un momento había creído que Alain había venido a verla, pero se trataba de otra de las absurdas invenciones de su hermana. Laura aseguraba que un hombre misterioso las vigilaba por las noches hasta que, al llegar el amanecer, se evaporaba con las primeras luces del alba sin dejar rastro. Tonterías.

Angélica dejó a su hermana con sus locuras y se sentó junto a la ventana sin demasiadas esperanzas. Llamó a su amiga Claire y, durante diez minutos, las dos adolescentes despellejaron a Alain en particular y al género masculino en general.

—¡Ni que lloviera ácido sulfúrico! —se quejó Angélica—. Ni siquiera ha llamado para avisar de que no vendría.

—¡Hombres! —Replicó Claire al otro lado del teléfono.

Angélica iba a contestar cuando una sombra se movió en el jardín. Laura tenía razón, había alguien alto y de hombros anchos fuera.

—¡Creo que Alain ha venido! —dijo ilusionada.

—Te dije que ese idiota estaba loco por ti.

Una luz roja parpadeó en la oscuridad e iluminó por un instante la figura del jardín. Angélica se sobresaltó.

—¡No es él!

—Entonces ¿Quién es?

—No lo sé, no le he visto bien la cara pero no es Alain. Lleva un sombrero y parece mayor. Creo que va vestido de rojo —explicó Angélica.

—Pues estamos en junio, es un poquito pronto para que sea papa Noel.

—No tiene gracia, Claire. Esto no me gusta, estoy sola en casa con mi hermana pequeña.

—No te pongas histérica. Será un vecino.

La luz volvió a brillar un segundo. Angélica no pudo ver bien al extraño pero había algo amenazador en su postura. Se despidió precipitadamente de Claire, apagó la luz del cuarto y observó al desconocido en la oscuridad. Pensó en avisar a su hermana, pero no quería inquietarla y tampoco sería de mucha ayuda. Angélica intentó tranquilizarse. Claire tenía razón, probablemente se tratase de un vecino que buscaba a su perro, o algo parecido.

A medida que transcurría el tiempo sus esperanzas se desvanecían y su inquietud aumentaba. El intruso permanecía impassible bajo la lluvia, con la cabeza erguida y la vista fija en la ventana en la que se encontraba Angélica, que se sintió desnudada por unos ojos que no podía ver.

Un relámpago iluminó la noche y Angélica vio el rostro del desconocido por un instante. Una terrible cicatriz surcaba su rostro arrugado. El extraño esbozó una sonrisa siniestra, como si fuese consciente de que le observaban, y Angélica se echó hacia atrás, asustada. La joven sintió un escalofrío al recordar las palabras de su hermana sobre el hombre de rojo.

El desconocido desapareció de repente y su lugar lo ocupó una nubecilla de niebla que flotaba en el aire. Angélica parpadeó con incredulidad. La neblina fue arrastrada por el viento y se perdió entre los árboles. Una luz roja comenzó a parpadear en la oscuridad y sacó a Angélica de su asombro. El hombre había dejado un objeto brillante en el jardín.

La puerta principal, en la planta baja, se abrió de par en par y Laura salió al jardín. Angélica abrió la ventana y gritó, asustada.

—¡Laura, entra en casa! ¡Laura!

Su hermana no la escuchó a causa de la tormenta o bien la ignoró. Laura se agachó junto al objeto brillante en el mismo instante en el que una nube de niebla gris se situaba sobre ella. El resplandor de un relámpago iluminó la noche y el hombre de rojo surgió de la nada detrás de la niña. La luz de una farola arrancó un destello metálico de la mano del extraño. Provenía de un cuchillo.

El hombre de rojo se abalanzó sobre Laura con el arma en alto.

Capítulo 2

París, verano de 2014

Angélica corrió escaleras abajo y cogió el atizador de hierro de la chimenea. Siempre había dicho que viviría mucho mejor sin su hermana, pero verla en peligro de muerte le hizo darse cuenta de lo equivocada que estaba. El corazón le latía a mil por hora. Estaba terriblemente asustada pero salió al jardín dispuesta a enfrentarse al hombre de rojo.

El hombre había desaparecido, no había rastro de él. Angélica vio a Laura en el suelo, encogida sobre sí misma e inmóvil.

—¡Laura! ¡Laura! —gritó, y se echó sobre su hermana.

—¿Qué pasa, tía? —La niña se giró y la miró, molesta—. Me vas a taladrar la oreja con tus ladridos. Y luego soy yo la de la voz insufrible, no te jode ¿Por qué me miras con esa cara? Parece que hayas mordido un limón.

—Laura... ¿Es... estás bien?

—Pues claro. Y deja de repetir mi nombre que me lo vas a gastar —contestó la niña, que se levantó tan tranquila.

—¿Dónde ha ido? ¿Te ha hecho daño?

—¿Quién?

—Ese tipo... el hombre de... rojo. Estaba aquí, junto a ti.

—No te enteras, tía. Se fue hace un rato, ya te lo dije —explicó Laura, como si su hermana estuviera loca —¿Y por qué iba a hacerme daño? Es un poco raro pero parece un buen tío.

Angélica miró a su alrededor, en busca de alguna señal de peligro.

—Eh, mira qué pasada. Nos ha dejado un regalo —dijo Laura, y le tendió a su hermana una cajita de madera.

Angélica la cogió con mucha precaución, como si fuera una colmena de abejas furiosas a punto de estallar. La madera latió bajo sus manos y un resplandor rojizo se escapó por las rendijas del pequeño cofre. Algo brillaba en su interior. Angélica tuvo la certeza de que debían deshacerse de aquello sin mirar su contenido. Pero no lo hizo. Sin saber porqué, se dirigió hacia la casa llevando consigo la caja.

—¡Eh! Devuélvemela, quiero ver que hay dentro —exigió Laura.

—Ni lo sueñes. Vamos, nos estamos empapando.

Las dos hermanas entraron en casa y se protegieron de la tormenta. Angélica seguía asustada y

Laura no paraba de protestar. Un instante antes de cerrar la puerta, Angélica vio al hombre de rojo entre los arbustos del jardín. Parecía abatido, triste. La imagen del hombre se desdibujó ante sus ojos hasta convertirse en una pequeña nube de niebla oscura que se desvaneció en el aguacero, igual que había sucedido antes. Angélica se preguntaba si aquello había sido real o producto de su imaginación, cuando su hermana intentó arrebatarle la caja. Reaccionó a tiempo y la esquivó por los pelos.

—Venga, tía ¡Ábrela de una vez! —exigió Laura.

—No. No sabemos qué hay dentro, puede ser peligroso.

—¡Eres un coñazo!

—Me da igual lo que pienses. Esperaremos a que llegue mamá y le contaremos lo que ha pasado. Ella sabrá qué hacer.

—Eso es una chorrada, ábrela ya o...

El teléfono de casa interrumpió la amenaza de Laura.

—Residencia de los Blanc ¿Dígame? —contestó Angélica.

Laura torció el gesto con desagrado al escuchar la respuesta de su hermana mayor, pero Angélica la ignoró.

—Hola, mi vida ¿Qué tal estáis? —dijo su madre, al otro lado de la línea.

—¡Mamá! Esto... bien... sin novedad —mintió— ¿Qué tal la abuela?

—Ha empeorado en las últimas horas —dijo su madre con la voz quebrada—. Voy a pasar la noche en el hospital, quiero estar con ella por si... sucede algo, pero no se lo digas a tu hermana, no quiero que se preocupe. Dile que tengo mucho trabajo y que volveré tarde ¿Vosotras estaréis bien?

—Si mamá, no te preocupes, yo me encargo de todo. Cenaremos algo y nos iremos a la cama pronto —contestó, guardando como pudo la compostura.

Angélica deseaba con todas sus fuerzas contarle a su madre el incidente con el hombre de rojo. Quería que volviese a casa con ellas y sentirse protegida, pero su abuela estaba muy enferma y no deseaba que su madre se preocupara aún más.

Un estallido de luz roja cegó a Angélica, seguido del estruendo de cristales rotos. El espejo del salón había explotado en mil pedazos. Casi al mismo tiempo, Angélica escuchó otra explosión al otro lado del teléfono. Su madre gritó, asustada.

—¡Mamá! ¿Qué ocurre?

—No... no sé, hija. Estoy junto a los baños del hospital... de repente la luz se ha vuelto roja y el espejo del baño ha estallado.

Angélica contempló su propia imagen, boquiabierta, reflejada en miniatura en decenas de pequeños cristales esparcidos por el suelo. Su hermana miraba alternativamente el marco del espejo, que colgaba desnudo de la pared, y la caja de madera que sostenía en sus manos.

Mientras hablaba por teléfono Laura se la había quitado sin que Angélica se diese cuenta. La caja estaba abierta y una luz tenue y rojiza brillaba en su interior.

—¡Joder! ¡Qué pasada! ¡Qué pasada! —chilló Laura.

Capítulo 3

París, verano de 2014

—Tenemos en nuestro poder el rayo de la muerte —dijo Laura.

Angélica se despidió de su madre y colgó sin contarle lo que había sucedido en casa, no quería preocuparla aún más. Tampoco le diría a Laura lo que había ocurrido en el hospital, ni siquiera ella se lo creía. La luz roja había brillado simultáneamente en ambos lugares y, acto seguido, los espejos del salón y del hospital se habían roto en pedazos.

—¿Por qué has abierto la caja? —gritó Angélica.

—Fácil, quería saber lo que había dentro.

Laura mostró un libro con las tapas de piel oscuras y gastadas. Las páginas estaban amarillentas, como si hubieran sido escritas hacía mucho tiempo y leídas miles de veces. La cubierta estaba desierta de título o escritor. No se asemejaba a los libros que se vendían en las librerías ni a los que se tomaban prestados en la biblioteca. Parecía que había sido confeccionado a mano.

—¡Qué pasada! Está forrado con piel humana y escrito con sangre —dijo Laura—. Seguro que contiene un montón de hechizos y conjuros.

—No digas estupideces.

—Venga, vamos a leerlo.

—Ni hablar. Deja eso dónde estaba.

Un destello rojo brilló dentro de la caja. En el interior del cofre reposaba un objeto de metal alargado con una pequeña base de madera. Lo más probable es que aquel artilugio metálico fuese lo que Angélica había confundido con un cuchillo.

—La luz viene de este trasto —dijo Laura, que agitó el objeto como si fuera una batuta—. Será algún tipo de linterna.

—¡No toques nada, niñata! No sabemos lo que es.

—¡Ojalá sea una varita mágica! Te convertiré en una cerda, tu auténtica esencia —dijo Laura, apuntando a su hermana con el objeto.

—¡Te he dicho que lo dejes!

—Tienes suerte de que no sea una varita. Parece un marcador de páginas con luz incorporada para leer libros por las noches ¡Ah! Perdona, que no sabes lo que es un libro.

—Dame eso—. Angélica le quitó el objeto de las manos y se sorprendió de lo mucho que pesaba para su escaso tamaño.

Su hermana se quejó, pero Angélica se mostró inflexible y se hizo también con el libro. Su intención era guardar ambos objetos en algún lugar seguro hasta que regresara su madre, pero al tocar el libro tuvo una sensación muy extraña, una inexplicable urgencia por abrirlo y descubrir las palabras que se ocultaban en su interior. No le hizo falta mirar a su hermana para saber que sentía lo mismo. Su mente racional le decía que aquello era una locura, debía arrojar el libro a la chimenea encendida y quemarlo hasta que ni una sola palabra escapara de las llamas. Se acercó al fuego, alargó la mano... y la retiró.

Diez minutos más tarde se encontraban en el desván, sentadas en un viejo sillón situado bajo una claraboya. Se habían preparado dos tazas de chocolate y se cubrían con una manta de lana. Era el rincón preferido de Laura, dónde leía historias de fantasía y terror. Angélica se había dejado convencer para subir allí, pero se empezaba a arrepentir. Una lámpara de pie iluminaba parcialmente la estancia y permitía la lectura, pero todo lo demás era un mar de sombras nada

tranquilizadoras. El caos de cajas, bultos y trastos inservibles parecían cobrar vida y se retorcían en la penumbra. El ruido de los truenos y el crepitar de la lluvia sobre el tejado componían una banda sonora siniestra.

Laura se sentía como pez en el agua, mejor dicho, como zombi en el cementerio. Angélica suspiró, tomó el libro y pasó las primeras páginas. Estaban vacías, ni autor, ni título, ni fecha de publicación, ni ninguno de los datos habituales de los libros. En la séptima página había lo que bien podía ser un título y las iniciales del autor, escritas en letras rojas.

—Niebla y el Señor de los Cristales Rotos —leyó Angélica.

—¡Qué pasada! ¡Acojona!

—Escrito por H.M. —siguió Angélica, sin hacer caso a su hermana.

—¿HyM? ¿Esa no es la tienda en la que te pasas media vida con las pedorras de tus amigas?

—Deja de decir estupideces o guardaré el libro.

—Vale, vale. Cómo te pones.

Angélica comenzó a leer en voz alta mientras su hermana roía una galleta.

—Capítulo 1. Praga, Checoslovaquia. Verano de mil novecientos treinta y nueve... ¡Por dios! Deja de hacer esos ruidos con la boca. Es asqueroso.

—¡Qué fina! Ni que tú fueras la amiga de Heidi. Te he oído en el baño ¡Menudos conciertos de trombón!

—¡Qué asco! O te callas o no leo.

Laura bufó pero guardó silencio y dejó la galleta a un lado. Angélica prosiguió.

—Niebla aseguraba que existía un mundo que se rozaba con el nuestro, un lugar increíble, oscuro y oculto. El Reino de los Cristales Rotos. Niebla decía que si conocías la forma de cruzar sus puertas, podrías sumergirte en sus misterios y mezclarte con sus habitantes. Gente diferente, gente peligrosa con un poder extraordinario que nosotros, los tristes, no podíamos ni imaginar.

Angélica tomó aire, sin ser consciente de los dos ojos enrojecidos que las observaban desde arriba, tras el cristal de la claraboya

—Yo no le creí ¿Cómo iba a tomarme en serio semejante locura? —Siguió leyendo—. Una noche de verano, suave y cálida, poco antes de que la tormenta de la segunda guerra mundial se desatase sobre Europa, Niebla nos llevó al Reino de los Cristales Rotos. Es extraño, pese a los terribles sucesos que vivimos, pese a tanta muerte y dolor, aquellos fueron los mejores días de mi vida. Daría todo lo que poseo por regresar al Reino de los Cristales Rotos y cambiar lo que sucedió. Esta es la historia.

Capítulo 4

Praga, verano de 1939

Hans lucía una sonrisa de oreja a oreja mientras hacía una de las cosas que más le gustaba en este mundo: espiar las cenas de gala que se organizaban frecuentemente en la mansión de los Mayer, situada en la calle más rica del Stare Mesto, el barrio antiguo de Praga.

—La emoción compensa el riesgo. Esa frase es tuya, Niebla —dijo en voz baja, aunque sabía que no obtendría respuesta.

No le importaba. Estaba entusiasmado y con todos los sentidos alerta. Era la primera vez que

su padre recibía una visita tan importante y a la vez peligrosa. Los invitados habían llegado escoltados por un contingente de soldados equipados con subfusiles de asalto de nueva factura. Esa noche Hans no estaba solo. Le acompañaba Niebla, su mejor amigo, un chico gitano que trabajaba al servicio de su padre como mozo de cuerdas. También estaba Nina, su novia y, según muchos, la joven más hermosa de Praga. No se equivocaban, pensó Hans, cualquiera con dos ojos y un cerebro estaría de acuerdo. La madre de Hans no paraba de decir que hacían una pareja perfecta, los dos rubios y elegantes, guapos y de ojos azules. A veces les confundían con gemelos, y ellos, divertidos, seguían el juego hasta que destapaban la broma con un beso poco fraternal.

Los tres jóvenes se encontraban en una habitación adyacente al salón del reloj, en la que se guardaba la vajilla de Limoges, la cristalería de Bohemia y la cubertería de plata. Se ocultaban en un armario enorme que su padre había hecho traer de París hacía muchos años y cuya pared interior estaba rota. El hueco del mueble daba a un respiradero enrejado desde el que podían escuchar las conversaciones del salón.

—Esto es peor que un horno —susurró Nina.

Hans olió el perfume de la chica y deseó que estuvieran los dos a solas.

—¿No tienes calor con esos guantes, Niebla? —insistió Nina.

El joven gitano se apartó los rizos de un manotazo y negó con la cabeza, sin mirar a la chica. Hans notó la irritación de su novia y sonrió. Nina creía que no le caía bien a Niebla, pero solo era porque aún no le conocía lo suficiente. A entender de Hans, había tres cosas seguras con respecto a Niebla. Una: no encontrarías un amigo más fiel que él en toda Praga. Dos: Nunca juntaba más de diez palabras en la misma frase, si es que se decidía a hablar. Tres: Jamás se quitaba los andrajosos guantes que le cubrían las manos, ni en el día más caluroso del verano. Hans sospechaba que su amigo se había quemado en algún accidente, pero nunca logró arrancarle una palabra al respecto ni pudo verle las manos.

—No deberíamos estar aquí. Si nos descubren vamos a tener problemas —susurró Nina.

—Tú eres quién no debería estar aquí —dijo Niebla.

Nina se puso roja. Hans se anticipó a la discusión y les pidió que guardaran silencio. Le había pedido a Niebla muchas veces que fuese más amable con Nina, pero su amigo era así, poco hablador y cortante. Hans tomó la mano de Nina para tranquilizarla. Su novia estaba nerviosa, ella había intentado a toda costa evitar que fuesen allí y si había accedido a acompañarles era solo para que Hans no se metiera en líos. Nina nunca se lo había dicho, pero Hans sabía que ella no aprobaba su relación con Niebla. La joven creía que el gitano acabaría metiéndole en problemas, pero Hans no estaba de acuerdo. Le debía mucho a Niebla, se lo debía todo.

Tal vez no debería haber traído a Nina, pensó Hans, pero le gustaba tenerla cerca en todo momento. Además, ella había escuchado cómo Niebla le retaba a espiar a los soldados y no podía quedar como un cobarde delante de su novia.

—No te preocupes, es imposible que nos descubran —dijo Hans, seguro de sí mismo.

Rudolf Mayer lucía una mueca de desagrado de oreja a oreja mientras hacía una de las cosas que más detestaba en este mundo: ser el anfitrión de varios altos mandos del ejército Nazi desplegado en Praga. Se trataba de una situación sumamente desagradable, y eso que no sabía que

su querido hijo Hans, su novia y un mozo de cuerdas de mirada oscura, les espiaban desde el cuarto contiguo. Rudolf había demorado aquella reunión todo lo posible, pero no había logrado evitarla. El padre de Hans era uno de los hombres de negocios más importantes de la ciudad, un ingeniero industrial alemán que había hecho fortuna en Checoslovaquia, país que le había acogido con los brazos abiertos. Por eso aquella cena le repugnaba aún más, detestaba acoger en su casa a los militares invasores del ejército Nazi. El tercer Reich, el nuevo imperio alemán, gobernado con mano de hierro por Adolf Hitler, se había anexionado Austria y poco después había tomado bajo su control Checoslovaquia y otros territorios vecinos. La próxima en caer sería Polonia. Sólo era cuestión de tiempo.

El verano olía a guerra, pensó Rudolf, mientras mordisqueaba su puro con una violencia que le hubiera gustado aplicar al cuello de alguno de sus invitados. Su mujer, que le conocía muy bien, le había rogado que se mostrase conciliador con los oficiales nazis. Nada de líos, le había prometido Rudolf, y de momento había cumplido su palabra.

—Caballeros, prueben estos excelentes cigarrillos recién traídos de La Habana —dijo Rudolf Mayer con una cordialidad que estaba muy lejos de sentir.

Él no era un traidor, amaba a su patria, pero había conocido una guerra y no estaba interesado en pasar por otra, ni tampoco la quería para sus amados hijos. Conociendo el carácter de Hans, el chico no tardaría en querer alistarse en el ejército.

El oficial de menor graduación, el teniente Wolf, tomó un cigarrillo con una sonrisa sincera. El joven militar no estaba entre la lista de asistentes y su graduación, un simple teniente, parecía insuficiente para acompañar al resto, pero era un buen conversador y Rudolf se alegraba de que hubiera venido.

—Dígame ¿Es cierto ese rumor que he escuchado? ¿Han desaparecido los gatos de Praga? —preguntó el teniente Wolf, con un rastro de humor en sus ojos azules.

—Así es. Es muy extraño, desde hace unos meses los felinos se han esfumado de las calles —contestó Rudolf.

El comandante Keiler bufó con desprecio.

—Y aún hay más —añadió Adam Novak, el mejor amigo de Rudolf—. En los pueblos cercanos ha sucedido lo mismo.

—Será una epidemia, las condiciones de salubridad de la ciudad dejan mucho que desear —dijo el capitán Ratter—. O quizá se los han comido los judíos.

El comandante Keiler rio con estruendo. La grasa de su papada se alzaba en olas que rompían contra el malecón de su grueso cuello.

—No lo creo, habrían aparecido los cadáveres o restos de animales, pero los gatos se han esfumado literalmente —explicó Rudolf con frialdad.

—¿Y qué opina la gente al respecto? —se interesó el teniente Wolf.

—Muchos lo ven como una señal de lo que está por venir, un mal augurio. Desgraciadamente el futuro es incierto y tienen cosas más importantes de las que preocuparse —dijo Rudolf.

—Les estaría muy agradecido si me informasen de alguna novedad sobre este asunto —dijo el teniente Wolf.

—¿Sobre la desaparición de los gatos? —preguntó Rudolf, extrañado.

—Así es, señor Mayer. Considérelo como una pequeña excentricidad personal. Tengo vocación de zoólogo, pero los vaivenes de la vida me han llevado por unos derroteros insospechados —contestó Wolf, con una sonrisa amable.

El interés por los gatos pronto decayó y, pese a los esfuerzos de Rudolf por mantener una

charla agradable e intrascendente, la conversación derivó hacia la convulsa situación política y militar en Europa.

—Gracias a los planes de nuestro gran Führer, pronto todo el continente se rendirá a nuestros pies —dijo el obeso comandante Keiler.

—Francia e Inglaterra no permanecerán impasibles —opinó Rudolf—. Pronto habrá otra gran guerra.

—¿Eso le asusta, señor Mayer? —Preguntó el capitán Ratter en voz baja—. No tiene mucha confianza en nuestro glorioso ejército.

—Viví una guerra, Capitán. La perdimos y nos costó muy caro.

—Ese es un punto de vista derrotista y poco patriótico, señor Mayer. Cuídese de a qué oídos puedan llegar sus opiniones —contestó el capitán.

Rudolf pensó en lo que le había prometido a su esposa. Respiró y dejó pasar de largo la amenaza del militar.

—No sea tan puntilloso, Ratter —suavizó el teniente Wolf—. El compromiso del señor Mayer es incuestionable, así lo demuestran su colaboración y el esfuerzo que hace en su fábrica. Su preocupación es comprensible.

A Rudolf le pareció curioso que un teniente se dirigiera a su superior sin hacer referencia a su grado, pero a nadie más pareció extrañarle.

—¡Bah! Francia no será un problema. Les aplastaremos igual que hemos hecho con los checos —dijo el comandante Keiler—. París está a tiro de piedra de nuestros tanques.

—Puede, pero ¿qué me dice de Inglaterra? —dijo Rudolf—. Los tanques no pueden cruzar el mar hasta Londres. Los ingleses tienen la mejor fuerza aérea del mundo y sus aviones arrasarán nuestras ciudades de nuevo.

—Tonterías. La Luftwaffe dispone de los mejores aviones del mundo. Les haremos papilla antes de que asomen sus ridículas hélices por nuestro territorio —replicó Keiler con desprecio.

—El señor Mayer ha señalado un punto importante, su aviación pueden hacernos mucho daño, pero si uno controla el cerebro no tiene que preocuparse por las manos —dijo el teniente Wolf—. Créame, Rudolf, existen otras formas de tomar Londres que a base de cañonazos.

—¿Está hablando del batallón Fantasma? —preguntó Reynar Vogts, un próspero terrateniente. Reynar tenía familiares bien posicionados en el ejército alemán y le gustaba exhibir sus conocimientos, aunque casi siempre fueran erróneos— ¿Es cierto que existe un contingente de doscientos mil hombres ocultos en algún lugar de Europa, esperando para cruzar el canal de la Mancha y asediar Londres? Hay gente que jura haberlos visto en los hayedos de los Cárpatos, al norte de Praga.

—Si semejante batallón existe debe de estar formado por hombrecillos verdes de diez centímetros de alto —bromeó el teniente Wolf—. Ocultar una fuerza así a los servicios de inteligencia de medio mundo es una tarea solo al alcance del mago Merlín. Pero no creo que el rey Arturo nos lo preste, ¿no creen? Es británico.

La gente rio a su alrededor. En toda Europa circulaba la misma leyenda sobre el batallón fantasma, pero no había ningún dato creíble al respecto. Era uno más de los rumores que surgían en tiempos prebélicos. La conversación derivó hacia temas más prosaicos, batallones, escuadrones, logística e intendencia, asuntos que no despertaban ningún interés en Rudolf, que fumaba en silencio.

Un estruendo se escuchó al otro lado de la pared del salón.

—¿Qué demonios ha sido eso? —dijo el comandante Keiler.

—Aquí, señor —informó uno de los soldados de la escolta, que señaló unas rendijas de ventilación.

El ruido se repitió, seguido de un murmullo de voces.

—¿Qué hay ahí detrás? —preguntó el comandante Keiler.

Rudolf tardó unos segundos en contestar. Tenía un mal presentimiento.

—La sala de la vajilla.

—¿Cómo se accede a ella?

Las malas sensaciones fueron en aumento. Su hijo era un joven osado e irresponsable. No era descabellado pensar que estaba detrás del incidente, pero no podía permanecer en silencio ni tampoco mentir, solo empeoraría las cosas.

—Desde esa puerta —dijo, con aparente normalidad.

—¡Inspeccionen la sala, rápido! —rugió el comandante.

Capítulo 5

Praga, verano de 1939

Los tres jóvenes espiaban la conversación que se desarrollaba en el salón, cuando la madera del viejo mueble se resquebrajó bajo sus pies con gran estruendo.

—¡Maldición! —dijo Hans.

—Nos van a descubrir —susurró Nina, muy asustada.

Hans entendía el motivo de su temor. La familia de Nina era de ascendencia sefardí, una rama del pueblo judío que había vivido muchos siglos en España. Sus padres llevaban meses en América, en un viaje de negocios, y habían dejado a Nina a cargo del padre de Hans, del que eran amigos desde hacía muchos años. Hans intentó tranquilizarla, pero por la conversación que les llegaba desde el salón de té, se hizo evidente que iban a por ellos.

—Tenemos que salir de aquí. Por favor, Hans —rogó Nina.

—No podemos, la única salida da al salón. No te preocupes, diré que todo ha sido cosa mía —dijo Hans, con un nudo en el estómago.

No había sido buena idea traer a Nina, la joven podía estar en peligro. Además el padre de Hans se enfurecería. Era un buen hombre pero también era severo y estricto, especialmente en lo que se refería a desobedecerle, y había sido muy claro: Nina y Hans tenían que permanecer en sus cuartos hasta que los invitados se hubieran ido. A Hans le impondría un castigo muy duro, pero esperaba que dejase a Nina al margen de las represalias.

—Puedo sacaros de aquí —anunció Niebla, muy serio.

—¿No has escuchado lo que acabo de decir? No hay más salidas.

—¿Cómo lo harías? —se interesó Nina, esperanzada.

—Puedo libraros de los soldados, pero no quiero preguntas.

Hans no entendía por qué Niebla le daba a Nina falsas esperanzas, si no tenían ninguna posibilidad de escapar, pero algo en la mirada de su amigo le hizo guardar silencio. Niebla le ordenó que salieran del armario y Nina se enganchó el pelo con la puerta. Por su expresión se había hecho daño, pero no profirió ni una queja. Niebla sacó dos objetos brillantes del tamaño de una canica de uno de sus muchos bolsillos, junto con una especie de martillo tallado en forma de

cruz. El martillo estaba hecho de madera, con la cabeza de metal oscuro. Niebla le tendió a Nina uno de los objetos brillantes y le ordenó que se lo pusiera. Hans no sabía qué era ni a qué se refería su amigo con ponérselo, pero no tuvo tiempo de preguntar. Niebla se abalanzó sobre él y levantó el martillo dispuesto a abrirle la cabeza.

—¿Te has vuelto loco? —dijo Hans.

Niebla le golpeó violentamente. Hans sintió oleada de dolor que comenzó en el oído y le recorrió todo el cuerpo. El joven gritó e instantes después escuchó el sonido de cristales rotos. Un fogonazo de luz roja inundó la sala un segundo antes de que el mundo desapareciese a su alrededor.

Los soldados escucharon un grito seguido del ruido de cristales rotos. Un resplandor rojizo se filtró por la rendija de la puerta.

—Rápido, rápido —ordenó el comandante Keiler.

—Vosotros dos, conmigo —. El capitán Ratter señaló a un par de soldados.

El capitán Ratter sacó su arma y entró en la sala seguido de sus hombres. La habitación de la vajilla estaba vacía, a excepción de unos estantes repletos de tazas y de un armario antiguo. Un espejo roto colgaba en la pared y el suelo estaba sembrado de fragmentos de cristal.

—Registrad el armario —ordenó el capitán Ratter.

—Está vacío, señor —informó un soldado segundos después.

El capitán lo examinó por sí mismo. El suelo estaba roto y la madera, perforada en el lateral, mostraba una rendija desde la que se veía el salón de té.

—Alguien nos estaba espiando. Buscad bien, tiene que haber una salida oculta —dijo el militar.

El comandante Keiler y el teniente Wolf entraron en la sala, seguidos de Rudolf Mayer.

—No hay nadie, comandante. Estamos buscando puertas ocultas —anunció el capitán Ratter.

—No las encontrará —replicó Rudolf Mayer, molesto.

—¿Y cómo explica lo sucedido?

—No sé qué decirle, pero aquí no hay nada oculto, puede usted buscar tantas veces como quiera. Con gusto le haré llegar los planos de la casa.

—En estas mansiones antiguas los sonidos pueden llegar a engañar —intervino el teniente Wolf.

El joven oficial se agachó junto al armario y observó unas gotas en el suelo. Había un mechón de pelos rubios enganchados en el quicio de la puerta. El teniente Wolf escondió los cabellos en su chaqueta y limpió discretamente la mancha del suelo con el guante sin que nadie le viera. Después estudió el espejo roto que colgaba de la pared y recorrió el marco de madera con las manos enguantadas.

—¿Creen en la existencia de fantasmas, señores? —preguntó el teniente.

—No más que en la existencia de políticos checos honrados —contestó Adam Novak, con una sonrisa forzada.

Hubo risas nerviosas y alguna mala cara por parte de los oficiales nazis. Rudolf Mayer guardó silencio. Estaba desconcertado por lo sucedido, pero comprobar que su hijo no había tenido nada que ver en aquel asunto le había tranquilizado. No era consciente de lo que había sucedido ni del hallazgo del militar.

—Se ha hecho tarde señores. Ya le hemos robado mucho de su tiempo y de su excelente coñac a nuestro anfitrión, ¿no creen? —dijo el teniente Wolf.

—Sí, será mejor que nos vayamos —secundó el comandante Keiler—. Se me está indigestando la cena.

Los hombres abandonaron la sala mientras comentaban el extraño incidente. Adam Novak expuso una teoría muy peculiar. Una corriente de aire había provocado los ruidos y crujidos, en su casa pasaba a menudo. El espejo estaría defectuoso, se habría roto a causa de los cambios de temperatura tan bruscos que había en esa época del año.

Adam Novak estaba muy equivocado.

Si os ha gustado, el libro está gratis en todos los portales. ¡Nos vemos Dentro!

Facebook de César García:

<http://www.facebook.com/cesarius32>

Club de Lectura de César García en Facebook: Noticias, adelantos, relatos, etc.

<https://www.facebook.com/groups/281707302211833/>